

LA PRIMERA CORRIDA DE ABONO



No hay que darle vueltas, ni andar en tonterías, ni forján-dose ilusiones. La Empresa de hoy será como la de ayer y la de anteayer, y obtendrá el mis mo resultado al fin y á la pos-tre, porque emplea los mismos procedimientos para orga-

nizar corridas y escatimar gastos, y anda estirando la moneda hasta el último límite. No hizo eso Casiano, que tan económico era como el que más, pero que teniendo dos espadas de precio alto, contratados por la temporada, hizo aún esfuerzos y echó empeños, para traer otro que, con aquéllos, diese ocasión á los aficionados de aplaudir y llenar las localidades de la Plaza. También ahora: ¡ahora, que si fuera posible un solo espada trabajaría, ó dos ó tres de los de perro chico cuando más! Ya lo dirá el múblico á pesar de ser el que de todo tiene la el público, á pesar de ser el que de todo tiene la culpa: ya lo dirá, que cuando se toca al bolsillo, repara y echa cuentas, y rara vez resuelve contra sus intereses: y ya lo dijo, tanto el domingo como el lu-nes, dejando vacías muchas localidades, contra la costumbre de todos los años en las primeras funciones. En la de inauguración v mos ocupar asientos de palco á personas que compraron el billete por treinta y cinco céntimos. ¡Buen principio, Sr. Jimeno, buen principio!

De la corrida inaugural ya hablamos en nuestro número anterior: nos ocuparemos, pues, de la 2.ª

que fué la 1.ª de abono, verificada el lunes 18.

Presentó el Duque de Veragua seis buenos toros de su renombrada ganadería, para que los lidiasen las cuadrillas de Lagartijo y Espartero, y justo es decir que cumplieron bien su cometido, aunque fueron mal lidiados. Ese afán vicioso de no correr los toros por derecho, y de estropearlos á fuerza de ca-potazos, entrando á ellos de costado, se ha hecho crónico, y ya no hay quien sepa guiarlos en línea recta, ni sacarlos de los caballos por el antiguo procedimiento: cuando más, estando cerca de los ta-bleros, los empapan en el trapo, de tal modo, que faltando á lo prevenido en el art. 62 del Reglamento vigente, los llevan ciegos á que se inutilicen, como sucedió al segundo toro, que del encontronazo con la barrera se descepó el asta izquierda. ¡Y dudó el Sr. Presidente, y ordenó la salida de los mansos, para que se llevaran al bicho, y revocó luégo la orden, y volvieron los jinetes y peones á los puestos, que no debieron abandonar, y siguió el lío y el desorden! ¡Qué Presidentes y qué toreros se estilan ahora! Con otra lidia, con la que marca el Reglamento, que no se observa, el ganado hubiera resultado inmejorable.

Pero, ¿qué había de suceder, si después de tantos iros de percal á derecha é izquierda, al encontrarse los bichos con los picadores, después de diez vuel-tas al redondel, aquellos lanceros pinchaban en cualquier parte, menos en el morrillo, sacando un metro de vara más de lo regular, terciándose y esquivando la suerte á fuerza de nadar y nadar sobre las tablas? Agujetas fué el único que en alguna oca sión cumplió como bueno, no siempre, digan lo que quieran sus amigos; y Salustiano con toda inten-ción se fué á las espaldillas del quinto toro, el más endeble, el más noble y el de menos respeto de cuantos salieron del chiquero al ruedo. Había consigna, sin duda alguna, de quitar completamente les facultades á éste toro, y convertirle en un «pedazo de manteca»; y cuatro pares de banderillas, dos de ellos de los que clava Ostión, de fuerza á fuerza, comp'etaron la obra tan inscuamente empezada por los llamados picadores, dejando al animal en tal es-tado, que aburrido mostró más de una vez, en el último tercio, tendencias á la huída.

Fácil le fué, por lo tanto, á Lagartijo apoderarse de él á los primeros pases, que fueron buenos, aunque con algo de encorbamiento, y una vez colocado en suerte, tirar atras la montera, dar el consabido paso atrás y clavar el estoque inmejorablemente, á volapie, entrando por derecho y saliendo como el arte manda. En justicia, mereció aplausos: pero, en justicia también, severa censura por el miedo que demostró al estoquear los dos anteriores. Aquel pronunciadísimo cuarteo al entrar á herir al primer toro, tan pronunciado, que consistió en un medio círculo completo, por lo cual no encontró carne donde pinchar; aquellos pases de pitón á pitón, al-ternados con los telonazos de sus lebreles; aquella vergonzosa fuga al salir por la cara del segundo toro, que pudo costarle una cogida sin el capote del Ostión, pusieron de manifiesto lo que todos sabe-

mos, aunque haya quien no lo quiera confesar. Y del Espartero ¿qué diremos? Atendiendo á su valor, á su gran vista, á sus buenos deseos y á su vergüenza torera, que estuvo bien: atendiendo á lo qué es el arte, que estuvo mal. Así, clarito, que nos hemos propuesto no callar nada y exigir mucho; al que lo pueda dar de sí como éste, para que no se duerma sobre los laureles, y al que no sirva para ca-sado... á fin de que no engañe á la mujer. Espartero pasó bien de muleta generalmente, dando un cambio superior y un pase de recurso, tan rápido, tan ceñido y tan completo, que nos hizo recordar á Cayetano en sus buenos tiempos; llevó el peso de la corrida en los quites, como es justo cuando alterna un joven con un viejo, y trabajó con fe, según es costumbre suya; dicho esto, vamos á justificar nuestro aserto de que, con respecto al arte, dejó que desear.

Al engendrar el arranque para herir á sus dos primeros toros, armó un cosquilleo de pies, un mo-

vimiento en ellos de pésimo gusto, y al entrar lo hizo á «tiro rápido» en terminos de que seguramente llegó á la cruz la punta del estoque, antes que á la cara la muleta. Matando así, parece que avanza y sale á favor de un brinco, y de ese modo no hay ni puede haber fijeza en la inclinación que dentro del animal tome el estoque; sabrá que ha herido en lo alto, pero no verá, hasta después, si la estocada es ida, tendida ó ladeada. El arte no quiere eso; el arte quiere que al humillar el toro, viendo que la muleta se le acerca, hiera el matador simultáneamente con la salida que el trapo indique, pero ob-servando la dirección que dé á la espada; quiere, en una palabra, que se marquen distintamente los tres tiempos de entrar, clavar y salir.

Debe, pues, ese muchacho, desterrar ese vicio,

que no le costará mucho, ya que venció aquel an-tiguo de arquear el brazo. Estudie lo que decimos y se convencerá del fundamento de nuestras razones.

De la dirección de Plaza, no hay quien se acuer-de sin echar pestes. Peones llevándose los toros al lado opuesto del en que estaban los picadores; los jinetes juntos en un sitio formando piña y dando ocasión á que un toro hiciese carambola hiriendo á tres al mismo tiempo; los monosabios haciendo qui-tes y estorbando suertes; los banderilleros sin atreverse hasta que les preparan los toros; éstos pasados de muleta menos que de capotazos, y un matadorcito que en vez de aprender en los mataderos el si-tio del descabello, ensaya en la Plaza ese recurso, desluciéndose y aburriendo á los espectadores.

En resumen: aparte del ganado, que fué mal lidiado, unos pases buenos del Espartero, y una buena estocada de Lagartjo. ¡Dos suertes buenas en toda una tarde!

J. SANCHEZ DE NEIRA.

ISALUD Y CRIADILLAS!

AL LENOR DON RAFAEL MARIN en el Hôtel de Paris, SEVILLA.

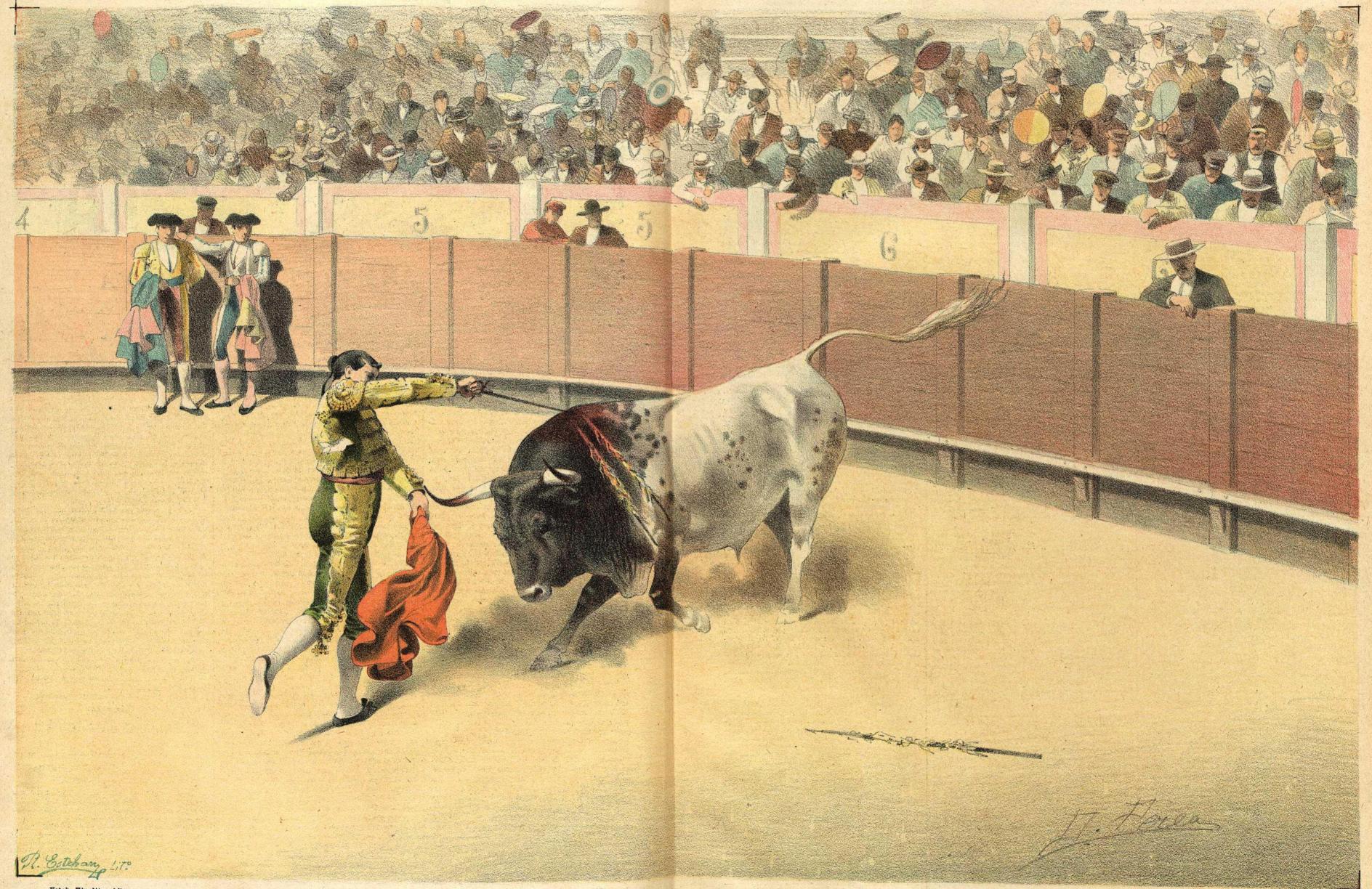


As recibí con salud, mi querido amigo. Las contemplé con agradecimiento. Las masqué, saboreé y deglutí con devoción. Las he digerido, en fin, perfectamente.

1 Figúrese usted! 1 Unas criadillas lagartijistas!... 1 Y del propio cosechero, como quien no dice nada!

Mucho agradezco á usted el envío de esas criadillas, testimonio fehaciente de la torilidad del único bicho lagartijeño que cumplió en la corrida dada en esa Plaza de Sevilla el lunes pasado. Si el toro mereció la excelente muerte que le dió el Espartero cara á cara y secundum astem, también sus criadillas (las del muerto, no las del matador) merecían que el jefe de

LA LIDIA



Estab. Tipolitográfico

Estocada á paso de banderillas

cocina del Hôtel de París las preparase « con todo el aparato que requería su interesante argumento», á fin de que llegaran á Madrid y á estas mis manos pe-

cadoras, sin echarse á perder en el camino. Cuando me aviste yo con *Don* Rafael Molina—y al darle don, claro está que me refiero al ganadero, porque al torero no le trato más que Desde la barrera—habré de recomendarle que procure entenderse con dicho cocinero, y llevárselo á la dehesa de Córdoba la Vieja y á los pastos de los Jerónimos, con objeto de vaya arreglando criadillas.

Sí, hombre; já ver si así mejoran!

Por que mire usted que son flojas é insípidas por
punto general las que echan aquellas reses, tan admirablemente criadas por el maestro Molina, para no sacar de ellas... más que disgustos.

Cuatro años há que escribí un artículo en estas mismas columnas de La Lidia, apropósito de las mismas reses y del mismo ganadero, tomando pie—ó pezuña—para ello, de una frase que encierra una verdad profunda bajo su aparente sencillez.

Cuando Cúchares se metió á ganadero, con el lastimoso évita que todos requestas adio un día el du

timoso éxito que todos recuerdan, dijo un día al du-que de Veragua, padre del actual:

-Ahora, ahora vá á vé vusensia lo que es criá güenos toros.

El duque, encogiéndose de hombros, le contestó:

— Desengáñate, Curro; las vihuelas nunca las han

Y discurriendo—es un decir—sobre semejante tema, decía yo, entre otras cosas:

«Stradivarius ha hecho inmortal su nombre constituyendo violines, y de seguro tocaría ese instrumento como el más vulgar de los rascatripas. Sarasate, en cambio, es Sarasate; y si se metiese à construir violi-nes, ¿qué destino habría que darles? El que se ha

dado en Barcelona á los toros de Rafael... ¡El fuego!>
Por eso, cuando le sale un violín de primera al Sarasate de la tauromaquia, hay que tocar en él una bonita sonata, apretándole las clavijas con fruición, ó lo que es igual, comiéndosele las criadillas con de-

Sí, mi querido amigo; hágame usted la merced de retener en la memoria este aforismo, que conceptúo digno—en el sentido culinario—del autor de la Fisiología del Gusto, que es á la par gastrónomo y violinista:

· Las criadillas son al toro lo que las clavijas al violin.

Tal vez el autor ilustre de la Fisiología del Matrimonio rechazaría mi aforismo, y trataría de echarlo abajo, dado su amor á los estudios cornamentales, yéndose derecho á la cabeza con esta sola pregunta:

-Entonces, ¿qué son las astas? Las astas (replicaría yo, yéndome al bulto): son las cuerdas del violín... Las que suenan son las cuerdas; pero si careciesen de las clavijas en donde se sujetan, se arrollan y toman aquel temple y vigor que há menester el violinista, todas las cuerdas de todos los violines serían lo mismo: tripas de buey.

De suerte que el aforismo que brindo á usted, puede tener también la siguiente paráfrasis que brindo á La-

EL TORO, EL VIOLÍN Y EL BUEY

(FÁBULA)

Dijo el violín al toro: —¡Qué bien corneas! Y el toro respondióle: Pues ¿ y tus cuerdas?
—Cuerdas y cuernos (dijo un buey que pasaba) son lo de menos. En el mundo esos chismes andan de sobra; ¿véis? yo traigo unas astas como no hay otras. Violin seria, pero ¡ay, toro! me faltan tus dos clavijas.

Comiendo las del quinto cornúpeto de la corrida lagartijeña de Sevilla, y hallándolas «de primera», así en calidad como en cantidad, he pensado que acaso habrían estado mejor empleadas, dándolas á comer á algún torero.

¿ En virtud de qué?

En virtud de una teoría que usted, hombre ilustra-En virtud de una teoria que usted, nombre hustra-do, no desconoce, y que ahora priva grandemente en-tre los fisiólogos; sobre todo, en los que han inventado la llamada «escuela vegetariana» ó «vegetalista», que nos aconseja el uso de las legumbres, verduras, fru-tas, etc., con todos sus derivados y compuestos, exclu-yendo, si es posible, de nuestra alimentación, todas las

yendo, si es posible, de nuestra animelitación, todas la carnes de animal terrestre y acuático.

Parece ser—si hemos de dar crédito á estos sabios—que además de transmitirnos los animales, cuya carne comemos, infinidad de enfermedades, nos comunican también, por misterioso contagio, aquellas cualidades

que á ellos les caracterizan.

Así, por ejemplo, los que comen mucho carnero, se acarneran; los que gustan del cóngrio, acaban por ser-lo; los que prefieren el pato, son patosos, y los que toman polla, son gallinas.

Esta teoria—que por cierto acaba de ser expuesta en

un curioso artículo por la Sra. Pardo Bazán, harto me-jor que lo hago yo—es la misma de los salvajes antro-pófagos que, al devorar con afán la carne del enemigo

más valiente y más vigoroso, creen asimilarse así las energías del difunto.

Y digo yo, apoyándome en la opinión de atropófa-gos y antropólogos: ¿por qué no habían de constituir las criadillas el alimento principal de los toreros? Convengamos en que á muchísimos de ellos le ha-

cen muy buena falta.

Y convengamos también en que, hallándose cada día más acreditado, por virtud de la experiencia, el sistema del doctor Brown-Séguard, con sus celebérrimas aplicaciones de las criádillas de conejo prolífico, nada tiene de irracional estotra aplicación que yo proposo de las griedillas de toro bravo. pongo de las criadillas de toro bravo.

Ciaro está que el tal manjar había de ser very select (como diría aquel mister O'Harra que se dejó la coleta); porque si tras de lo huídos que ya suelen andar nuestros diestros, todavia se atracaban de criadillas de

nuestros diestros, todavia se atracaban de criadinas de prófugo... ¿ á dónde iríamos á parar?

Otra idea me ocurre, que acaso está llamada á causar una revolución en la trofología... Especialista en este ramo de la Zootecnia, es mi amigo el Sr. Mondrío, profesor de la Escuela de Veterinaria de Zaragoza, y á profesor de la esteridad cometo la cuestión. No se podría su alta autoridad someto la cuestión. ¿No se podría, con arreglo á los principios ya apuntados, mezclar las susodichas criadillas de toros reconocidamente superiores con las sustanciosas jabas que tanto y con tan poco resultado prodiga Rafael I á sus reses?

Quizás radique ahi la solución del problema que tan precessor de reses haves es provesos productivos de reses haves es productivos de reses pre

preocupados trae á muchos criadores de reses bravas. Quizás andando el tiempo se me aclame en España y Portugal—permítame usted este rasgo de orgullo— como salvador da umanidade... em puntas.

Y no canso más, que ya me he puesto pesado con

tantas criadillas. El Todopoderoso le dé muchas que regalar, amén de la salud, humor y ocasiones correspondientes.

De usted affmo. amigo y seguro servidor,

SOBAQUILLO

En esta de Madrid, á 23 de Abril de 1892.

SEVILLA

NOTAS AL VUELO

A circunstancia cada pocos años repetida de que la Semana Santa haya coincidido con la feria de Sevilla, ha dado lugar á que se verifiquen cuatro o corridas de toros en los expresados días: una de D. Pablo Benjumea; de D. Antonio Miura la segunda; la tercera de D. Rafael Molina, y la última de la seño-ra Da Celsa Fontfrede, viuda de D. Fernando Concha-

Las dos primeras no han tenido grande atractivo para los aficionados, pues sólo han sido grandes los productos en las dos últimas, motivado sin duda al-guna en el refuerzo del cartel con el Espartero, y el anuncio de jugarse, por primera vez en esta Plaza, los toros de Lagartijo.

Día 17.-El ganado bien presentado en general, buenos tipos, pero poca sangre, y tendenciosos desde su comienzo al salir del chiquero. Los diestros, era

su comienzo al salir del chiquero. Los diestros, era natural que no pudieran lucirse; sólo sobresalió un par de banderi las de Luis el Regatero, y la muerte dada por Mazzantini y Guerra à los toros tercero y cuarto.

El público medió la plaza solamente, y se reservó para las corridas sucesivas; y una de las causas que también determinaron la poca entrada, fué la lluvia que casi con tenacidad estuvo cayendo por la mañana.

Día 18.-D. Antonio presentó una buena corrida, v en ella un toro sobresaliente, el cuarto: eso es un toro; el resto de la corrida no hizo más que cumplir. Luis mató un toro muy bien. Guerra, otro. La corrida no presentó lances dignos de ser relatados. La entrada

fué más escasa que el día anterior, pero aun así y todo, cubrió sus gastos y produjo algún beneficio.

Día 19.—Todo el día se pasó en la duda de si podría ó no llegar el Espartero á engrosar las filas de dria o no llegar el Esparero a engrosar las nias de los matadores; el tren especial que se había pedido, habíase negado; luégo se consiguió y se puso desde Lora, hasta donde bajaron varios aficionados de ésta El tumulto que se produjo á la llegada del correo á Elora, no tuvo límite; todo el mundo quería utilizar el horaciónio que para la llegada había de reportar acualla. beneficio que para la llegada habia de reportar aquella esplendidez de la Empresa, pero la intervencion de de los agentes de la compañía hizo que solamente subieran a él la cuadrilla del Espartero, el ganadero Fr. Molina, el empresario de la Piaza de Toros de Madrid, el Sr. Duque de Alba, el de Tamames y varias otras distinguidas personas, y á las tres y media de la tarde salía el primer toro de los de Lagartijo; fué buen toro, así como otros tres de sus hermanos; bien presentada la corrida y de menos volumen que bien presentada la corrida y de menos volumen que otras que ha dado el mismo ganadero en Córdoba y Barcelona. Unos puyazos del Sa tre y Pegote; un par de banderillas del Valencia, y la muerte del 5º toro que Espartero brindó á la Sra. Condesa de iturve, fué la nota saliente de la corrida, sin olvidar tampoco las faenas y muerte de los toros de Mazzantini y Guerra, corridos en cuarto y sexto lugar. La entrada fué tremenda, y se ganaron en ella algunos miles de duros. Se me olvidaba consignar que el Espartero obtuvo,

como regalo en su brindis, un precioso alfiler de corcomo regaio en su brindis, un precioso ainier de cor-bata, de zafiros y brillantes, y una elegante petaca de piel de Rusia. El día estuvo espléndido, y después de los toros, el real de la feria estuvo animadísimo. Día 20.—Igual temperatura que el anterior, y la misma entrada. Ganado de la señora de Concha-Sie-

rra. Se jugó un primer toro capaz de dar por sí crédito á una ganadería. Era negro bragao, y fué superiorísi-mo en todos los tercios; los demás fueron celosos y vomo en todos los tercios; los demas fueron celosos y voluntarios, si bien con poco poder, pues el terreno en que crían, está sufriendo aún los rigores de la riada. Mazzantini mató bien el 4.º; Guerra, el 6.º; Espartero, al 5.º, lo trasteó de un modo maravilloso, y al 2.º lo entregó de una magnifica estocada.

En resumen: dos grandes entradas, dos ovaciones á Maoliyo, y muchos aplansos á Mazzantini y Guerra en

alguno de sus toros.

Las corridas se suspenden aquí hasta el Corpus, en que se lidiarán seis reses por Mazzantini y Espartero. Y nada más.

EL TÍO CAPA.

Toros en Madrid

2.ª CORRIDA DE ABONO. — 24 ABRIL DE 1892

Dos palabras, tan solo dos palabras...

À esto nos obliga el reducido espacio de que podemos disponer, y ojalá pudiéramos correr un velo sobre la desdichada fiesta, por mal nombre, que ayer aburrió soberana-mente á los madrileños.

Y no es que el ganado, perteneciente á D. Juan Vázquez, de Sevilla, destinado para la lidia, dejase de cumplir á satisfacción con su cometido; pues si bien es verdad que en cuanto á lámina resultó un poco desigual, puesto que hubo toros como el primero y tercero, de hermosa presencia, mientras los restantes no abundaban mucho en carnes y trajan sus defectos en la cornamenta; en cambia, avagración traian sus defectos en la cornamenta; en cambio, excepción hecha del segundo, todos ellos dieron pruebas de buena sangre, siendo muy voluntarios, más aun bravos y duros en la pelea de varas, haciendo andar toda la tarde por los sue-los á los picadores, é infundiendo sus respetos en los demás,

Corroboran esta opinión las notas tomadas sobre el terre-no, que arrojan un total de 44 puyazos, 21 tumbos mayúscu-los y 14 caballos arrastrados; distinguiéndose el primer ter-cio, por estar siempre la Plaza convertida en un herradero, por no practicar la suerte como el arte previene, y por torear más los monos sabios que los toreros de profesión. Unicamente Agujetas escuchó aplausos, no ciertamente por-Unicamente Agujetas escuchó aplausos, no ciertamente porque picara à ley, que no lo hizo, sino por su valentia. En el segundo tercio, los toros presentaron algunos pequeños defectos, fáciles de subsanar, si los banderilleros no se hubiesen echado el alma á la espalda; pero ya no hay que pedir que un peón se resuelva á buscar al bicho en su terreno, sino que es preciso que se lo amarren y atonten á fuerza de capotazos para que pueda llegar á sus inmediaciones á carrera tendida y tirar los palos sin conciencia alguna, caigan en donde caigan. No citamos á ninguno de ellos, porque realmente, ninguno se hizo acreeedor á tal distinporque realmente, ninguno se hizo acreeedor á tal distin-ción. Y, finalmente, el ganado sobresalió en la última suer-te, por su nobleza, hasta el punto de haber algunos que parecia que obedecian á los movimientos del matador.

Pues con todo esto, los señores Lagartijo y Currito, á cuyo cargo corría Ia lidia, no pudieron hacerlo peor. Nunca han demostrado su manifiesta intención de salir del paso, como aver tarde.

El primero de esos diestros hizo con el primer toro una faena desastrosa. Le tomó asco desde luego sin motivo alguno, y entre ¡cuarenta capotazos! de los de su cuadrilla, metió cuatro malos pases de muleta, y á gran paso de banderillas, atizó media estocada, que resultó en su sitio, porque sí. Repuesto algo en el tercero, también con acom-pañamiento de capotazos, aunque en esta ocasión no fueron más que ¡quince!, entró á matar sin estar el toro eu suerte, llegando al pelo con la mano; pero resultando caída la estocada, por la razón expuesta. En el quinto, volvió al primer turno, y por no darle la lidia donde
tenía la querencia, y pudo cobrarle con facilidad, tornó á
las precipitaciones, y recetó un sablazo bajo, que le debió
dejar á él muy satisfecho, puesto que había terminado con
su tarea, pero maldita la gracia que hizo á los espectadores. El Califa, pues, no mereció ayer más que censuras, y uni-mos las nuestras á las del público imparcial.

Cuanto á Currito, parecía que después de algún tiempo de no torear en esta Plaza debía traer buenos propósitos, pero que si quieres... En el segundo, y con auxilio de to-dos, toreó é hirió de lejos, pinchando tres veces sin ningún mérito; un tanto mejor, pero sin nada notable, estuvo con la muleta, en el cuarto, no pasando del anterior nivel con el estoque; y para postre, en el sexto, aquello no fué to-rear, fué una perfecta academia de coreografía, donde el hijo de Cúchares demostró sus felices disposiciones en arte de Terpsicore, y su poco acierto en colocar el acero en

el morrillo de los toros. En vista de lo consignado, permitanos una pregunta el Empresario: ¿Le parece al Sr. Jimeno que no estando con-tratado Guerrita, y teniendo frecuentes salidas el Espartero pasemos revista á los novilleros en estado de merecer par ver si alguno de ellos nos proporciona más diversión que los decadentes maestros que ayer echaron por tierra sus an tiguos prestigios?

Ni un detalle más, digno de loa, rompió el aburrimiemto de que fuimos invadidos. Lástima de tarde tan hermosa y tan mal empleada!

D. CÁNDIDO.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27 .- Madrid.